

ESCENA ÚLTIMA

LOTARIO

Oigo crujir....., alzarse el puente.....

(Se alza el puente.)

Se van. ¡Oh, era su voz, estoy seguro!.....
 La percibí entre el ruido del torrente
 hasta aquí resbalar lamiendo el muro.
 ¡Miserable de mí! Si á esa ventana
 me atreviera á llegar.... Mas ¿qué vacilo?
 ¿No era su propio ser esa africana?
 Sí, pobre corazón; late tranquilo.
 Ella es su ser; su espíritu evocado
 al brío de mi voz..... ¿Qué hay que me

[aflija?

¿Qué tengo que temer del padre airado,
 si en su nombre el perdón me da la hija?
 Nada. Voy á asomarme con fiereza,

(Se asoma.)

y á ahuyentar la visión ensangrentada.

(Con alegría pueril)

¡Oh!..... ¡No asoma, no asoma esa cabeza!
 ¡No suena, no, su horrible carcajada!
 Cede mi estrella al fin; gozo....., respiro.....,
 veo el monte y el parque....., y no aparece,
 y alejarse de mí por él los miro
 al resplandor del alba que amanece.
 ¡Son ellos! Esa mora....., ese hombre..... ¡ne-

[cio!

Idos, idos en paz, gente menguada;
 idos, y de mi orgullo y mi desprecio
 lleve el aire hasta vos mi carcajada.

(Suelta la carcajada; el eco se la devuelve. Hassam clava
 en la muralla la bandera de Castilla. Lotario retrocede
 espantado.)

¿Todavía está ahí? ¡Voz del infierno!
 ¿Todavía me escuchas? ¿Todavía
 me devuelves con eco sempiterno
 esta angustiosa carcajada mía?
 ¿Conque vives conmigo eternamente?
 ¿Conque no tiene fin este suplicio,
 ni tiene más destino ese torrente
 que el de abrirme en su fondo un preci-

[picio?

No, no: huyamos de aquí..... ¡Pronto, Ar-

[gentinal

Jenaro, ¡pronto á mí!.....

(Va á salir por la izquierda y retrocede.)

¡Cielos! ¿Qué es esto?

¡Sangre!..... ¡Argentina!..... Vil, ¡él te ase-

[sina!

¡Ya entiendo ahora su perdón funesto!
 Lo comprendo. ¡Ay de mí! No se me es-

[conde

el porvenir horrible que me espera;
 esa voz, esa sangre me responde.....

(Á la ventana.)

¡Ay! Vuelve, vuelve, detestable Conde;
 mátame, sí, mas no de esta manera.

(Cae sin sentido y concluye el drama.)

EL EXCOMULGADO

DRAMA HISTÓRICO EN TRES ACTOS



PERSONAJES

Don Jaime el Conquistador, rey de Aragón.....
 Doña Violante de Hungría.
 Doña Teresa Gil de Vidaura.....
 Don Berenguer de Castelbisbal, obispo de Gerona.....
 El Cardenal Angelo de Camarino, legado de Inocencio IV.
 El Presbítero Desiderio, su secretario.....
 El Presidente del Tribunal de Justicia de Aragón...
 Garcés, paje y trovador del rey don Jaime.....
 Germán, mayordomo viejo.....
 Un portero.....

ACTORES

DON CARLOS LATORRE.
 DOÑA TEODORA LAMADRID.
 DOÑA BÁRBARA LAMADRID.
 DON PEDRO LÓPEZ.
 DON ANTONIO BARROSO.

Cortesanos, nobles, damas de doña Violante. pajes del Rey y séquito correspondiente á cada personaje eclesiástico ó seglar que lo requiere.

La escena en Zaragoza en el alcázar del Rey, por los años 1246 de N. S. J. C.

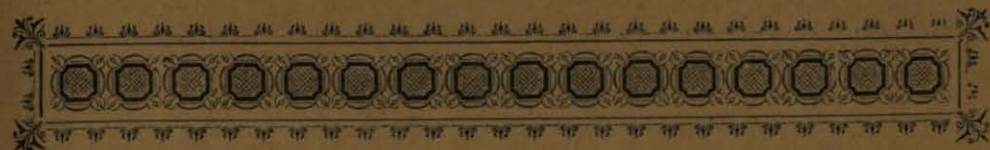
Post Scriptum.

A Don Carlos Latorre.

Querido Carlos: he aquí la mezquina obra que emprendí por amistad tuya, y concluí en tan poco tiempo: tú, que sabes su historia, conoces su poco valor; pero apréciala no por el que tiene, sino porque es la expresión de la lealtad con que te quiere tu amigo

José Lorrilla.

Madrid. Junio 13.—1848.



EL EXCOMULGADO

ACTO PRIMERO

Cámara de D. Jaime. Decoración ochavada. Puerta á la izquierda en la primera caja. Lujosa puerta de dos hojas en el fondo, abiertas las cuales se ve el suntuoso lecho del Rey dentro de la alcoba. Á la derecha, en la segunda caja, una puerta secreta; y en este mismo lado, y en primer término, la mesa de despacho del Rey, con pergaminos, plumas, etc.; en la segunda caja de la derecha, el arpa de Garcés.—Luz de la mañana.

ESCENA PRIMERA

GARCÉS, franqueando la cámara Real á D. BERENGUER, descubierto y con ademán respetuoso. Don Berenguer embozado en una capa oscura, bajo la cual viste traje talar morado, sin insignias sacerdotales. Cabello gris, barba larga, y anillo episcopal.

GARCÉS

Esperad aquí, señor
Obispo. Su Majestad
me ordenó que os condujera
á esta cámara Real,
y que le avisara al punto
que llegarais.

DON BERENGUER

Avisad,
pues, al Rey de que ya aguardo
sus órdenes.

GARCÉS

No os mováis
de aquí, señor, aunque el Rey
se retarde; y dispensad
si os advierto que al balcón

no os asoméis, ni le abráis,
pues importa que se ignore
que estáis aquí.

DON BERENGUER

Bien está.

GARCÉS

Perdonad; cumplo así obrando
mi obligación.

DON BERENGUER

Vete en paz.

ESCENA II

DON BERENGUER

No puedo dar con la oculta
razón de misterio tal.
¡El Rey con tanto secreto
y tan temprano á llamar
me envía!....., y el pajecillo
con avizorado afán,
calles buscando excusadas,

suplicóme que la faz
recatara, y las insignias
del traje sacerdotal.
No lo comprendo: á palacio
vengo con asiduidad;
me ve el Rey todos los días.

GARCÉS
(Anunciando.)

El Rey.

DON BERENGUER
Él se explicará.

ESCENA III

DON BERENGUER y EL REY D. JAIME. El Rey des-
pide á Garcés con una seña imperativa, y cierra la puerta
por donde entró, antes de hablar.

REY

Disimulad si del lecho
mi paje á sacaros fué;
mas me urge el tiempo, y á fe
que, aunque avaro le aprovecho,
temo que me ha de faltar.

DON BERENGUER

El Rey sois: mandad, señor.

REY

No: vos sois mi confesor,
y me vais á aconsejar.
Por esto con tal premura
llamar en secreto os hice.
Tomad: ved lo que me dice
el Papa en esa escritura
que acabo de recibir.

(El Rey le da un pergamino, que lee D. Berenguer.)

DON BERENGUER

Un matrimonio os propone.

REY

Como padre que dispone
de sus hijos al morir.

DON BERENGUER

Poca esperanza de vida
en su escrito manifiesta
Su Santidad.

REY

Le molesta
crónica y envejecida
enfermedad, que le lanza
en el sepulcro, y desea
que por mí esta boda sea,
como postrer ordenanza
de un buen padre moribundo,
aceptada. Es un empeño
ya antiguo en él, y es el dueño
de los señores del mundo
el Papa: conque es razón
obedecerle, á mi ver,
siempre que se pueda hacer
sin fuerza ó contradicción.

DON BERENGUER

Os veo, señor, dispuesto
á seguir de todos modos
su parecer.

REY

No de todos,
Obispo; mas os protesto
que esta boda, si se aviene
con la situación política
de mis reinos, en la crítica
ocasión para mí viene.

DON BERENGUER

Las ventajas personales
que á vos os pueda traer....

REY

(Interrumpiéndole.)

Las vais al punto á saber,
y á juzgarlas tales cuales
son. Esta correspondencia
entre el Papa, el Castellano
y yo, pondrá claro y llano
á vuestra alta inteligencia
todo el negocio.

(Le da unos pergaminos.)

DON BERENGUER

(Inclinándose.)

Señor....

REY

Negocio exclusivo mío,
que de vos tan sólo fio

porque sois mi confesor.
Mis cortesanos, mis nobles
consejeros no guardaran
secretos que les fiaran,
no; juegan con dados dobles,
y nunca uno faltaría
que, de ellos depositario,
les vendiera á algún contrario
antes de acabarse el día.
No, no. Yo quiero cumplir
la voluntad pontificia;
mi buena fe ó mi malicia
tan sólo se ha de medir
por mi confesor y yo:
si obro bien, porque me abone
ante Dios, ó me perdone
de Dios en nombre, si no.

DON BERENGUER

Señor, juzgáis harto mal
á los nobles de Aragón.
Ninguno hay de corazón
tan villano y desleal,
que obrara con tanta mengua.

REY

Yo sé bien que alguno habría;
mas también juro ¡á fe mial
que le costara la lengua.
En fin, á vos os lo fio,
don Berenguer, y yo espero
que seréis buen consejero
al par que confesor mío.
Legista, ataréis el hilo
de mis litigios mejor,
mientras como confesor
me guardaréis el sigilo.
Vamos los cabos atando,
pues, hasta que el hilo entero
saquéis: conque id, consejero
ó confesor, preguntando.
Echad á un lado la inútil
cuestión de si la futura
trae virtudes ó hermosura,
que es don perdidizo y fútil.
Los reyes, al escoger
esposa, hemos de tomar
para el reino en el altar
antes reina que mujer.
Mas en el caso presente

es, pues el Papa la fía,
doña Violante de Hungría
reina y mujer excelente.
Ved.

(Dice este Ved el Rey señalando las cartas que ha pue-
sto en manos de D. Berenguer, y que éste va con sul-
tando conforme indica el diálogo.)

DON BERENGUER

Dice aquí el Castellano
que la esposa repudiada
vuelva á ser por vos llamada.

REY

¿Qué ha de decir, si es su hermano?

DON BERENGUER

Que pide en razón infiero:
pues el hijo en ella habido
está ya reconocido,
señor, por vuestro heredero.

REY

Mas fuera, según calculo,
la autoridad pontificia
injuriar, pues su justicia
dió el matrimonio por nulo.

DON BERENGUER

(Viendo otra carta.)

Amaga aquí el Castellano
con declararos la guerra,
y hay bandos en vuestra tierra
que podrán prestarle mano.
Vuestro hijo, como heredero,
partido tiene, y aun viven
señores que no os reciben
con respeto muy sincero.
La Navarra se os rebela:
en Francia tenéis añejos
derechos, pero está lejos,
y en vuestra frontera vela
Aben-Zaen: esta boda
que el Pontífice os propone,
en guerra, á mi ver, os pone,
señor, con la tierra toda.

REY

Como vos lo calculáis,
seguramente que sí;

mas tengo yo para mí
que errado el cálculo echáis.
Tengo exhausto mi tesoro,
mi ejército es bien escaso,
y van á salirme al paso
el Castellano y el Moro.
Es la verdad: necesito,
pues, oro y gente muy presto,
ó el trance á que estoy expuesto
sólo por milagro evito.
Pesáis con fidelidad;
mas veamos lo que pesa
la boda de la princesa
que me da Su Santidad.
La dota, porque es su ahijada,
en un millón de onzas de oro,
y en la guerra contra el Moro
me da bula de Cruzada.
Propone al Rey Castellano
(que tiene un hijo y una hija)
que, para su tiempo, elija
para uno dellos la mano
del primer hijo que Dios
me dé en este matrimonio,
como prenda y testimonio
de la paz entre los dos.
Si es estéril mi mujer,
mientras duda el Castellano,
tiempo sobrado le gano,
y si, lo que puede ser,
la proposición rechaza,
mientras con la Santa Sede
se gobierna como puede,
la guerra con que amenaza
le iré yo mismo á llevar;
pues con la bula y el oro,
á pretexto de ir al Moro
puedo un ejército alzar.
Todo el rebelde que altera
hoy en su bando á Aragón,
tendrá de la religión
que juntarse á la bandera.
Y ninguno habrá que deje
de acudir á la sagrada
enseña de la Cruzada,
á no pasar por hereje.
A la voz, pues, de indulgencia
plenaria, tendré muy presto
un ejército dispuesto,
que con oro y diligencia

prevenido á una jornada,
marchará donde yo quiera;
y pues siempre en la frontera
moros hay, siempre es cruzada.
Conque ved como, á mi ver,
esta aconsejada boda,
en paz con la tierra toda
me pone, don Berenguer.
Mas sabedlo á prevención,
esto que á solas os digo
lo sabéis solo conmigo,
porque ésta es mi confusión.

DON BERENGUER

De advertírmelo excusáis;
mas aunque admiro y alabo
vuestros cálculos, si al cabo
por confesor me llamáis,
después de la confesión
debo á mi Rey en conciencia....

REY

(Interrumpiéndole.)

Imponer la penitencia
y otorgar la absolución.

DON BERENGUER

(Turbado.)

Señor....

REY

Las conciencias Reales,
por misteriosas razones
están en sus confesiones
en casos excepcionales.
Faltas á los reyes pesa
tomar, Obispo, á su cargo,
y las toman, sin embargo,
porque á su pueblo interesa,
Esto á mis reinos conviene;
la vida del Papa es corta,
y aprovechar nos importa
la escasa vida que aun tiene.
Sé cuánto en Roma se intriga
para la nueva elección,
y sé que no es de Aragón
la nueva elección amiga.
Conque hoy partirá el enviado
del Papa con mi respuesta,

y en lo que de Otoño resta
he de quedar yo casado.
Es mi voluntad.

DON BERENGUER

Señor....

REY

Bien: docto sois y entendido:
á Roma lo convenido
escribid; es lo mejor.
Y ahora que de consejero
pasáis á mi secretario,
en aqueste solitario
camarín dejáros quiero,
para que, á solas y en vista
de esos datos, respondáis
al Santo Padre, y luzcáis
vuestras dotes de jurista
y de retórico; dad
al viento todas las alas
de vuestro ingenio, y mil galas
de erudición prodigad
por mí; traducid, en fin,
al Pontífice romano
mi bárbaro castellano
en vuestro culto latín.

DON BERENGUER

Lo haré.

REY

Yo volveré luego.
Voy del correo á mandar
los caballos ensillar:
mientras, á mi nombre y ruego
escribid vos aceptando
la boda á Su Santidad,
y si hay postdata, anotad
que estoy la novia esperando.

(Vase.)

ESCENA IV

DON BERENGUER

¿Quién puede la buena fe
de su corazón sondar?
¿Si de mi carta oyó hablar?

TOMO III

¡Imprudencia escribir fré!
Con esta boda...., bien dice,
será fuerte contra todos,
y quiere de todos modos
efectuarla. Si lo que hice
sabe, al fiarme á su vez
este secreto, me obliga
al tiempo que me castiga.
Si no me teme...., ¡pardiez!
está bien claro.... ¡Adelante!
Rey él, y yo de su trono
alcanzo lo que ambiciono,
poder.... ¡Oh! Desde este instante,
de su secreto á favor,
el de la corte conquisto.

¿Qué tengo, pues, que temer?

(Al decir D. Berenguer estos dos últimos versos, la
puerta secreta que hay á sus espaldas se ha entreabier-
to misteriosamente, asomando por ella D.^a Teresa, que
se presenta al concluir el último.)

DOÑA TERESA

Nada más que á una mujer.

DON BERENGUER

¡Dios!

DOÑA TERESA

¡Silencio!

(Doña Teresa va á echar el cerrojo de la puerta izquier-
da, por donde el Rey se fué, volviendo en seguida á la
escena.)

ESCENA V

DON BERENGUER y D.^a TERESA

DOÑA TERESA

Por lo visto,
vos ignorabais, señor,
que nadie da un paso aquí
sin que llegue al punto á mí
de sus pasos el rumor.

DON BERENGUER

Señora

DOÑA TERESA

¿Me conocéis?

DON BERENGUER

¿Quién, si á la Corte ha asistido,
no os conocerá?

DOÑA TERESA

Advertido
de mi favor estaréis.

DON BERENGUER

¡Oh!

DOÑA TERESA

Llegó un pliego del Papa
al Rey, al amanecer,
y otro á mí. A don Berenguer
llamó el Rey, y él, con la capa
de un hidalgo disfrazado,
al alcázar acudió;
pero al mismo tiempo, yo
entré por el otro lado.
Cuanta puerta, pasadizo
y caracol hay secreto
en palacio, con objeto
de servirme á mí se hizo.
Nada se habla, nada se hace
que yo no oiga y yo no vea,
nada hay que cumplido sea
si á mí no me satisface.
Jamás fiéis en palacio,
de bóveda, ni de alfombra;
para un eco ó una sombra,
jamás falta aquí un espacio.

DON BERENGUER

Pero, en fin.....

DOÑA TERESA

No comprendéis
adónde voy á parar,
pero me voy á explicar.

(Don Berenguer mira con inquietud á la puerta izquierda,
y dice D.^a Teresa:)

Cerré bien, no receléis.
Creo que á escribir á Roma
vais: yo puedo aconsejaros
antes, y no hagáis reparos,
consejos el cuerdo toma.

DON BERENGUER

Hablad.

DOÑA TERESA

Primero que el pliego
al Pontífice escribáis,
será bueno que sepáis
una historia: oídla os ruego.

DON BERENGUER

Sea, pues os empeñáis.

DOÑA TERESA

En una fresca alquería
con recuerdos de castillo,
que á espaldas de un montecillo
circuye alameda umbría,
diez años ha que habitaba
una mujer, una niña,
señora de la campiña
solitaria en que moraba.
Rica, opulenta quizás,
huérfana de ilustre gente,
caritativa, inocente,
hermosa..... ¿qué os diré más?
allí del mundo apartada,
y de sus cuitas exenta,
vivía libre y contenta,
del universo olvidada;
y un árbol nuevo, una flor
que empezaba á abrirse, un nido
entre las zarzas cogido,
era su antojo mayor.
Jamás extranjero alguno
penetró en su quieto asilo,
ni en su corazón tranquilo
vano amor inoportuno.
Mas un día, entre los altos
robles de un soto vecino,
no un caballo, un torbellino
se precipitó, y á saltos
desesperados salvando
cuanto hallaba en su carrera,
huyó al monte, en la pradera
á su jinete lanzando.
Era un hermoso mancebo;
la niña de la alquería,
sin ver el mal que se hacía,
le acogió en ella; y al cebo
de la compasión, llamada
de su belleza incentiva,
se aproximó compasiva

y se apartó enamorada;
y cuando partió el doncel,
repuesto, de su campiña,
el corazón de la niña
partió del campo con él.
El mozo, en amor maestro
ya, aunque casi en la niñez,
volvió una y otra vez;
y ella inocente, y él diestro,
prometiéndole él, y fiando
ella, al cabo la pasión
atropelló á la razón,
y..... día á día, pasando
fueron cinco años así;
y ella, que le idolatraba,
no su amante, fué su esclava.
«Nunca te muevas de aquí,
ó al punto me perderás
en que dejes la alquería»,
la dijo; ella le creía,
y no la dejó jamás.
Pero la mujer se hartó
de misterios tan prolijos,
y un día....., para sus hijos
apellido le pidió.
El vaciló; insistió ella:
partióse él de la alquería,
y ella, al ver que no volvía,
partió también tras su huella.
Llegó á la ciudad: oyó
que había en la tierra un rey
que la justicia y la ley
guardaba, y á él acudió.
Se hizo al alcázar llevar;
el Rey daba al pueblo audiencia;
llegó del Rey á presencia,
mas cuando al Rey iba á hablar,
juzgad de la confusión
que embargó su alma sincera
al ver que su amante era
él mismo, el Rey de Aragón.
Ni una razón, ni un suspiro
lanzó aquella dama altiva:
torva, silenciosa, esquiva,
volvió á su triste retiro.
La gente, á enajenación
atribuyó su altivez;
sólo el Rey supo esta vez
leer en su corazón.
El Rey no más tuvo en cuenta

que á la oveja inofensiva,
en pantera vengativa
puede cambiar una afrenta.
Y el Rey volvió á la alquería
y se humilló, y tal lo hizo
con ella, que satisfizo
su enojo, y juró que haría
cuanto exigiera: de modo
que ella, viéndolo preciso,
tomó lo que él darla quiso;
pero hoy....., hoy lo quiere todo.
Porque hoy, á fuerza de vil
hipocresía y constancia
pertinaz, y tolerancia
pasiva, muda y servil,
supo la mujer, al cabo,
cegar al hombre de amor,
y la cautiva, al señor
supo, al fin, hacer su esclavo.

DON BERENGUER

Señora.....

DOÑA TERESA

Leed aquí:

en un día de embriaguez,
de que le pesa tal vez,
lo escribió don Jaime así:

(Mostrándole con el dedo lo que va leyendo.)

«El Papa, por ley expresa,
anula desde este día
mi matrimonio: Teresa,
no quiero que pase un día
sin cumplirte una promesa.
Si así á perdonarme vas
pesares harto prolijos,
no me casaré jamás;
legitimare á tus hijos,
y te amaré: ¿quieres más?»
Su sello, su firma es ésa;
y á la Reina repudió;
mas aunque hizo tal promesa,
no se la cumplió á Teresa,
y esa Teresa soy yo.
¿Comprendéis?

DON BERENGUER

No bien; mas va
viniéndome á la memoria
de haber oído esa historia.

DOÑA TERESA
En su confesión quizá.
Guardarla debió en su pecho,
de todos, pues sólo Dios
tiene, con nosotros dos,
para saberla derecho.
Mas cuando os la cuento, es llano
que es para que la entendáis;
para que se la escribáis
al Pontífice romano.

DON BERENGUER
Es imposible, señora.

DOÑA TERESA
Pues imposibles haréis.

DON BERENGUER
Nunca lo conseguiréis.

DOÑA TERESA
¿Nunca? Yo espero que ahora.

DON BERENGUER
Es sacrosanto el secreto
que se fia al confesor.

DOÑA TERESA
Y ¿no se debe al honor
ni á las promesas respeto?

DON BERENGUER
¡Imposible!

DOÑA TERESA
Os advertí,
si no me engaño, al entrar,
que nada, en este lugar,
puede oponérseme á mí:
y cuando á vos me mostré,
sin duda fué decidida
á arriesgar la honra y la vida.
Siento hollar de vuestra fe
los rectos principios fijos;
mas del deshonor que arrostró,
la mancha caerá en mi rostro,
pero no en el de mis hijos.
¡Nunca! Os lo juro; y en prueba

de lo resuelta que estoy,
y de que no habrá desde hoy
cosa á que yo no me atreva,
solamente preguntaros,
don Berenguer, necesito,
si os acordáis de un escrito
que caro puede costaros:
la carta por vos enviada
al infante don Fernando
una noche á Huesca, cuando
el Rey, en una emboscada,
cayó del rebelde en manos,
y sólo salvarse pudo
por su lanza y por su escudo,
lidiando contra villanos.
¿La recordáis?

DON BERENGUER
Bien, ¿y qué?

DOÑA TERESA
Que esa carta se compró,
y que la poseo yo,
y que al Rey se la daré.

DON BERENGUER
¡Señora!

DOÑA TERESA
En política y amor,
escribir es necesidad:
lo que hoy es una verdad,
es mañana un sandio error.
En fin, si ansiáis el poder
y aspiráis á favorito,
rescatad de mí este escrito,
y aun podéis llegarlo á ser.
Una demanda apoyad
que á entablar en Roma voy,
don Berenguer, y os le doy.

DON BERENGUER
¡Imposible!

DOÑA TERESA
Pues quedad
con Dios.

(Se dirige á la puerta de la izquierda, por donde se fué el Rey.)

DON BERENGUER
¿Dónde vais?

DOÑA TERESA
A hacer
leer al Rey vuestro escrito.

DON BERENGUER
Tened.

DOÑA TERESA
Os lo facilito
sólo en dos casos: si ver
hacéis al Rey mi justicia,
cual la conciencia os lo manda,
ó si apoyáis mi demanda
en la Corte pontificia.

DON BERENGUER
Pero ¿y si algún día el Rey.....

DOÑA TERESA
Os he dicho que lo puedo
todo.

DON BERENGUER
¡Todo! Mientras, quedo
á la merced de su ley
y su ira.

DOÑA TERESA
En mí fiad.
Para caso de desgracia,
tengo yo un acta de gracia
omnipotente: escuchad.
De cólera en un exceso,
la mano me levantó;
mas pagar se lo hice yo
con buena prenda: leed eso.
(Le da un pergamino, que lee D. Berenguer.)

DON BERENGUER
(Leyendo.)
«Cualquiera que, sentenciado
por mí ó por mis tribunales,
sean sus crímenes cuales
fueren, si al ser condenado
esta escritura presenta,
mi regia voluntad es

que, hasta dos días después,
la ley no se tome en cuenta.
Yo Jaime, Rey de Aragón.»

(Representando.)
Mas ¿si él mismo, en su coraje,
por su mano.....

DOÑA TERESA
Tal ultraje
no haría á su religión.
En fin, el Rey va á venir:
habladle antes: si no doma
su altivez, podéis á Roma
lo que os ha dicho escribir;
mas detrás del portador
de su pliego, irá un correo
con mi demanda, y yo creo
que la apoyaréis, señor.

DON BERENGUER
Pero.....

DOÑA TERESA
En cifra escribiréis,
del modo que más os cuadre,
una carta al Santo Padre;
y cuando me la entreguéis,
á más de esa acta que os dejo,
os volveré vuestro escrito;
si no, al Rey se lo remito.
Conque Dios os dé consejo.
(Vase por la puerta derecha.)

ESCENA VI

DON BERENGUER

No Dios, sino Lucifer
es quien me ha de aconsejar,
qué es quien puede aventajar
en malicia á la mujer.
¿Suponer que el Rey desista
de la boda? Desde luego
vale más creer que un ciego
no querrá cobrar la vista.
Sin ejército, sin oro,
el reino en bandos turbado,
le trae la paz al estado
esa boda, y un tesoro.

¿Y pensar que á ella renuncie?
Mas esa mujer tenaz
de todo será capaz
como yo al Rey no denuncie.
¿Qué he de hacer, ¡ira de Dios!
con dos fieras enjaulado,
para no ser devorado
por ninguna de las dos?
¡Maldita ambición mundana!
Mas para retroceder
ya es tarde. ¡Ay de ti, mujer,
si cambia el viento mañana!
¡Ay de ti si el Rey no cede,
Roma no te oye, y recibo
mi carta y con el Rey privo.....
(que todo avenirse puede);
gota á gota has de apurar
la amarga hiel que hoy me ofreces:
gota á gota, hasta las heces
del cáliz..... Mas va á llegar
pronto el Rey, y el pasador
corrió.

(Le quita.)

Por hoy, lo mejor
será ceder y esperar.

(Se sienta en la mesa, y á poco sale el Rey
por la puerta izquierda.)

ESCENA VII

DON BERENGUER y EL REY

REY

¿Estáis ya de eso hecho cargo?

DON BERENGUER

Sí, señor.

REY

¿No hay objeción
que hacer á mi aceptación?

DON BERENGUER

Sois Rey, mandáis; sin embargo,
siendo del Rey confesor,
á Roma antes de escribir,
debo de reconvenir
al Rey, si peca, señor.

REY

¿Volvéis....

DON BERENGUER

A vuestra conciencia
á hablar, que es mi obligación.
Poned sobre el corazón
la mano.

(El Rey hace un gesto de impaciencia, y D. Berenguer
le dice para calmarlo.)

Es la penitencia
que os impone el sacerdote.

REY

La pongo.

DON BERENGUER

Y cuando escribís
la aceptación, ¿le sentís
latir sin que en él denote
su desigual movimiento,
que á contraer esa boda
la conciencia se acomoda
sin ningún remordimiento?

REY

Seguramente que sí:
tranquilo está.

DON BERENGUER

Una promesa,
sin embargo, hay.

REY

(Interrumpiéndole.)

¿De Teresa
queréis hablar, pesa mi!

DON BERENGUER

De ella.

REY

Y ¿qué tiene que ver
aquí Teresa?

DON BERENGUER

Según.

REY

Basta: nada hay de común
entre el amor y el deber.

La boda es la obligación
de mirar por mis estados;
los compromisos pasados
son deudas del corazón.
Ésas, él las pagará.
¿O es el orgullo tan vano
de Teresa, que la mano
tiende hacia el trono?

DON BERENGUER

Quizá,
señor, si atrevida ó diestra
cree en derechos.....

REY

(Interrumpiéndole.)

¿Por mi fe,
sois muy su amigo!

DON BERENGUER

¿De qué
lo inferís, señor?

REY

De vuestra
afición parcial lo arguyo.

DON BERENGUER

A nadie aborrezco yo;
mas podéis jurar que no
seré nunca amigo suyo.

REY

Pues no me habléis de ella más;
la debo mi corazón,
mas no el cetro de Aragón:
no lo prometí jamás.
Id, pues, y no andéis apático
las notas en extender
luego, si os han de tener
por confesor diplomático.

DON BERENGUER

Voy; mas espero, señor,
que distingáis, para un crítico
trance, la fe del político
de la fe del confesor.

REY

No daré en error tan grave.

Tomad, señor secretario,
de mis archivos la llave,
do hallaréis lo necesario.
Escribid mi aceptación
á Roma, don Berenguer,
y en su casa disponer
dejad al Rey de Aragón.

ESCENA VIII

EL REY

Tenaz anduvo, mas era
su deber; se lo perdono.
Rey nació; ensalzar mi trono
es mi obligación primera.
Le siento que se estremece,
y halagüeña la fortuna,
ocasión muy oportuna
de asegurarle me ofrece;
y aunque pese á la pasión,
desperdiciarla no debo,
no: la corona que llevo
pesa más que el corazón.
La amé, y ¡perdóneme Dios!
aquí aboga amor por ella;
pero su fatal estrella
puso el trono entre los dos.
Humilde, empero, á la ley
sabrás doblar la cerviz,
y se tendrá por feliz
con el corazón del Rey.
Yo la amo aún....., á mí solo
aquí decírmelo puedo;
mas es forzoso y no cedo;
todo á esta boda lo inmoló.

ESCENA IX

EL REY y GARCÉS. Después D.^a TERESA

REY

¿Qué hay, Garcés?

GARCÉS

Doña Teresa
Vidaura, audiencia demanda,
señor.

REY

¿Tan temprano, y anda ya por palacio?

GARCÉS

Y apriesa, señor, pues tras mí se viene de sala en sala.

REY

¡Pardiez!
Esta es la primera vez que tal arrogancia tiene.

GARCÉS

Llega, señor.

REY

Hazla paso.

(Sale D.^a Teresa: Garcés queda esperando las órdenes del Rey.)

¿Vos en palacio, señora?

DOÑA TERESA

Incompetente es la hora; mas temí que el tiempo acaso para veros me faltara, y aunque á la desgracia expuesta, señor, de seros molesta, el tiempo aprovecho avara.

REY

(Á Garcés.)

Sal.

(Vase Garcés.)

ESCENA X

EL REY y D.^a TERESA.

REY

Habla, Teresa mía.
¿Qué ocurre, di, que así vienes pálida y grave? ¿Qué tienes? Siéntate.

DOÑA TERESA

Mal estaría

ante Vuestra Majestad sentada yo.

REY

¡Qué lenguaje!
¿Por ventura algún ultraje recibiste?

DOÑA TERESA

A la verdad, que no lo sé todavía, señor; mas sospechas tengo y á preguntároslo vengo.

REY

Ese tono de ironía que hallo en tus frases, Teresa, y tu rostro huraño y serio, me dejan ver un misterio que me disgusta.

DOÑA TERESA

Me pesa de ello, señor; mas tiempo ha cuanto sale de mi boca sólo á disgusto os provoca, y haciéndome á él voy ya.

REY

¡Creo, por Dios, que pretendes irritarme! Ya te he dicho que no me agrada ¿me entiendes? de esa ironía el capricho, y en el humor en que estoy me importuna, y la paciencia no es mi virtud.

DOÑA TERESA

Experiencia tengo de ello.

REY

Pues quien soy sabes, ¿qué es lo que de mí quieres? ¡Pronto!

DOÑA TERESA

Breve espero ser, señor: haceros quiero sólo una pregunta.

REY

Di.

DOÑA TERESA

Me han dicho que hoy os llegó de Roma un correo.

REY

¿Y qué?

DOÑA TERESA

¿Volverá á partir?

REY

Sí, á fe.

DOÑA TERESA

¿Y con respuesta?

REY

Pues ¿no?

DOÑA TERESA

(Con aplomo.)

¿Y aceptáis la boda?

REY

(Con la mayor sorpresa.)

¿Sabes.....

DOÑA TERESA

(Interrumpiendo.)

Todo.

REY

¿Cómo!

DOÑA TERESA

Cuando entré el pliego en palacio, yo entré tras él; tengo llaves.

REY

¡Tienes llaves!

DOÑA TERESA

Por supuesto.
En vuestras ausencias tuve esta idea, y me entretuve en mi soledad en esto.

REY

¿Te entretuviste!

DOÑA TERESA

Supuse ser por vos tarde ó temprano engañada, y me dispuse.

REY

¿Téngame Dios de su mano!
¿Te dispusiste á qué?

DOÑA TERESA

A hacer algo de mi honra en favor: es el único valor que da precio á la mujer.

REY

Te estoy oyendo, y á fe que no te conozco; no, no eres la misma que yo conocí siempre, y no sé qué es lo que hoy tu fantasía perturba. Siempre te vi grata, humilde para mí.

DOÑA TERESA

Eso fué allá en la alquería.

REY

Ó tú estás loca, ó yo sueño: ¿tú te atreves de tal modo a mí?

DOÑA TERESA

Los locos á todo se atreven, señor.

REY

¡Voy dueño á no ser pronto de mí!
¡Ea, la razón me aclara de mudanza en ti tan rara, ó ¡vive Dios.....

DOÑA TERESA

Hela aquí:

como anduvisteis cinco años
engañando vos mi fe,
á mi vez yo me apliqué
á estudiar vuestros engaños.

REY

¿Aun más? ¡Tu insolente calma
acrecienta mi furor!

DOÑA TERESA

Y á pesar de ella, señor,
tengo el infierno en el alma.
Dejémosle, pues, brotar
ambos; porque mal sujeto
siento á mi lengua el respeto,
y le voy á atropellar.
Sí, sabedlo de una vez:
ni soy la misma que fui
para vos, ni hay más en mí
ya que enojo y altivez.
El Pontífice os propone
para esposa una princesa,
y yo tengo una promesa
que á vuestra boda se opone.

REY

¡Ira de Dios! ¿Tal creíste?
¿Así te la interpretaste,
y hasta el trono te atreviste
á alzar los ojos? Soñaste.

DOÑA TERESA

Ni en mi altivez ni en mi encono,
por ambiciosa esperanza,
ni por vil sed de venganza,
mis ojos alcé hasta el trono;
pero jamás hombre alguno
afirmar ha de poder
que hijos á quien yo dí ser
fueron hijos de ninguno.
Burlasteis mi sencillez
disfrazándoos, señor,
y vale mucho mi honor
para olvidarle otra vez.

REY

¿Y esperaste, ¡pesa mí!
en tu insensata jactancia
que daría á tu arrogancia
lo que á tu humildad no dí?

DOÑA TERESA

Entendedme bien: del trono
no aspiro á la majestad;
mis hijos legitimad,
y profeso y os perdono.

REY

Más tarde.

DOÑA TERESA

Ahora, señor.

REY

¡Nunca! Humilla tu cabeza.

DOÑA TERESA

¡Nunca, que á cegarme empieza
de la cólera el vapor!
¡Ea ceded!

REY

¡No: jamás!

DOÑA TERESA

Pues todo ó nada. Mañana
aspiraré á soberana.

REY

¡Desdichada, no podrás;
porque desde este aposento,
por tu pertinacia altiva,
irás á enterrarte viva
en la tumba de un convento!

DOÑA TERESA

A desenterrarme irán.

REY

¿Quién?

DOÑA TERESA

Roma.

REY

Y ¿quién ha de ir
á Roma por ti á pedir?

DOÑA TERESA

Vuestras cartas.

REY

No saldrán
de tu poder, sino al mío
para pasar.

DOÑA TERESA

¡Estáis loco!
Sois para tanto muy poco.

REY

¿Braveas?

DOÑA TERESA

Os desafío.

REY

Pues sea: aquí quedas presa
mientras envío por tí.

(El Rey se va furioso por la puerta izquierda, que se oye cerrar por fuera. Doña Teresa, al punto que él vuelve la puerta, va á ella y corre el pasador que tiene por dentro, dirigiéndose inmediatamente á la salida secreta de la derecha.)

DOÑA TERESA

Y cuando vuelvas aquí,
ya no hallarás á Teresa.

(Vase por la derecha.)

